

nios, principalmente del epistolario dirigido al hermano: "Me tiñe el sol, me da la libertad y también dibuja rejas en la tierra árida bajo mis pies. Tras ellas, dos niños pasan tomados de las manos, sucios como toda inocencia, pero sonreídos".

De esta manera asistimos a la aventura espiritual de Van Gogh, a su lento dolor que estremecía sus sentidos, su locura, su estado de alteración permanente y la forma como el poeta lo vivencia, lo intuye, lo interioriza:

Acabo de pintar un paisaje en el que yo mismo estoy extasiado. Sobre una pequeña pradera, un brote de sauces rojos, y sobre ellos, un sol verde. Al frente una casa campesina, de un blanco humilde, con una pequeña ventana oscura abierta a un cielo estrellado. Yo quise dejar iluminada esa ventana, pero sólo a los hombres del mañana les será dado ver brotar de ella luz.

Libertad e imaginación, dos hitos del pintor que encarnaba la fuerza creadora, su aliento y capacidad de hacer visible lo invisible, de tomar la cualidad sutil en las cosas humildes y el sentido religioso de la construcción de la palabra de un Dios: "la luz de una lámpara se angosta para entrar por el cono del mundo. Es el pulso de Dios, la claridad de su mano arrojada a los hombres...", manifiesta Nelson Romero Guzmán, intuyendo la pasión de Van Gogh, su soledad, "copa litúrgica que corta en mis labios los labios del cordero", lucidez y sufrimiento de un "niño barbado de sol rendido sobre la arena", laberinto construido para su aventura espiritual, mundo extremo que lo hace prisionero y a la vez lugar prodigioso donde supera la incertidumbre y el dolor a través de la obra, su sentido ritual de eternidad, de poder y fortuna, porque "no es fácil llegar al fondo del abismo / para conocer qué tan alta es la luz, / no es fácil tentar la oscuridad / para llenar de soles la pradera".

Demuestra, Romero Guzmán, en este texto, además de una sensibilidad y capacidad de reflexión, un ofi-

cio de cierta madurez, cohesión y convicción, virtudes advertidas desde *Días sonámbulos* (1988) y *Rumbos* (1995). Su libro *Surgidos de la luz* (mejor si hubiese sido titulado *Soles en Arles* o *Profanar la luz*), fue distinguido con el XIV Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1999.

GABRIEL ARTURO CASTRO

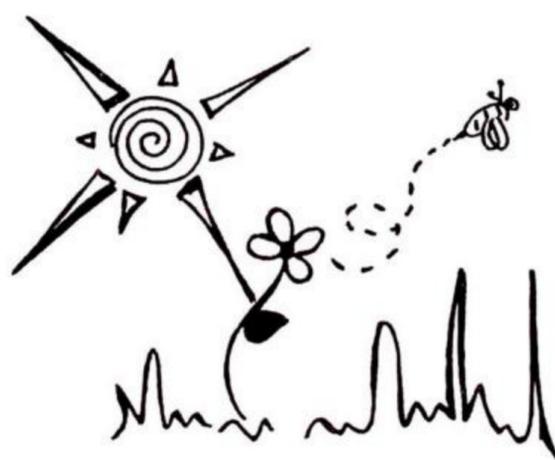
Uno y...

Lecciones de fagot

Fernando Linero

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2004, 60 págs.

Fernando Linero pertenece a esa estirpe de poetas para quienes "la poesía existe por su sola virtud y está ahí, en todas partes, al alcance de todas las miradas que la quieren ver", principio sostenido en el conjunto de sus libros publicados: *Sonata del sonámbulo*; *La risa del saxo*; *Guijarros*; *Aparte de amor*; y ahora en el presente poemario *Lecciones de fagot*.



Cada poema nos ofrece un universo único y diverso. De ahí que las creaciones de Linero enriquezcan nuestra manera de ver la realidad, pues el poema es un objeto del mundo, es sustancia, es un intermedio entre lo pasajero de esta vida y lo real vislumbrado. De algún modo la poesía es canto, la entrega de la voz, "la voz de todos los días" en

medio de cualquier posible hundimiento, de todo obstáculo que impone la misma poesía, la inercia y el tiempo. Consecuencia de lo anterior es la expresión del poeta, cuando afirma la presencia de días que muestran "el revés de la nota", su ineptitud para la "luz del canto". Semejante problema nos obliga a sobrellevar un ritual, un ceremonial y una liturgia; es decir, a "cantar para que las cosas permanezcan" y "tartamudear, afinar el dolor, invocar ese beso que dura, que se defiende del vacío".

No en vano *Lecciones de fagot* abre con un epígrafe de Jorge Bocanera: "Viva el fagot de mi barba sobre el palo mayor de este naufragio".

¿Qué es un fagot?, se pregunta el poeta. ¿Es un instrumento musical de madera, de la familia del oboe, de sonido muy grave? Tal vez la respuesta la hallemos en el inicio de *lección 2*:

Nada hay más difícil de definir que un fagot. Un fagot no es un fagot. Un fagot podría ser un punto de referencia en la tarde adormilada, una suerte de piedra del amanecer donde la noche se sienta y hace una pausa antes de superar la última cuesta.

Nuestro autor siempre ha considerado que su arte se parece más a la música que a la literatura. Su trabajo parte de la intuición "a través de los instrumentos del lenguaje", porque "es el azar el encargado de componer la orquesta". "Sé que no basta expresar con palabras el sentir de las gentes sino que hay que pensar con ellas", manifiesta en una de sus reflexiones.

Fernando Linero y su esencial poética, que no es otra cosa que un arte de vivir intensamente, con una voluntad que incluye el placer de escribir y de hacer música, dos lúcidos atrevimientos: la palabra y el tiempo unidos a través del poema. Dentro de su experiencia estética la poesía no tiene para Linero un carácter accidental, pues, junto a la exploración del universo de los sonidos musicales, el

poeta es artífice de la imaginación y la insinuación mágica que convoca la palabra escrita, el acto poético. La sugestión visual de estos versos, la capacidad del poeta para fijar los objetos, proponerlos como cosas concretas y disolverlas luego en un espacio distinto, quizá encantado, son las huellas ya reconocidas del escritor, junto al virtuosismo de los ritmos y sonidos que sabe orquestar (la sutileza del diseño musical).



Lecciones de fagot celebra esa fidelidad a una actitud poética que quiere encarnarse en la vida diaria del hombre, con un tono y un lenguaje muy cercanos a la alegría verbal, al vital prosaísmo, a la crónica personal que da consistencia a las fugaces sensaciones de la existencia. Franqueza y fuerza directa, ascetismo, vigor poético que nunca cesa de ponerse a prueba, percepción intensa, huella y dicción distinta.

Son lecciones de experiencias humanas, visiones y testimonios de acontecimientos personales, reflejados en la conciencia de un creador, evocaciones de pasos individuales.

Es la decisión personal, subjetiva, de elaborar un mundo, cuyas imágenes realizan un vuelo trascendente sobre los objetos del universo real. Determinación que gira alrededor de tres instancias: la memoria cotidiana, la actitud confesional y el tono narrativo que es elocuente, fruto de escenas y ambientes, cuya precisión de retrato (de autorretrato) jamás se borra, tal como lo expresa la *lección 6*:

*Con los codos apoyados sobre
[este día de octubre,
anónimo y sin fastidio, escribo
[estos versos sin esperar
los agradecimientos de nadie.*

El poeta escucha el rumor del pasado, los pasos que la memoria quiere designar en medio del caos sombrío que la rodea: "Desde hace treinta años ensayo infructuosamente la misma melodía". Por ello en el presente acude a la fuerza creadora de la palabra poética.

La música, ya sea del canto, del saxo o del fagot, es por excelencia la imagen de lo que perdura, la permanencia del tiempo. La visión y el afecto de la música desencadenan una reflexión apasionada sobre el ser. Leamos, a propósito, el poema *La casa*:

*Tú eres la que habita la casa, de
[esa manera me contiene.
Sabes callar en sus estancias
[mientras yo, sordo y ciego,
vocifero.*

Pese a la persistencia de la imagen musical, lo demás lo cobija una atmósfera desleída, para nada circunspecta; la liviana sensualidad de esta poesía se disuelve en una sensación de fugacidad y de vacío. Ese vacío abre otra realidad, la plenitud del objeto transfigurado en otra cosa, donde las calles son irreales, las mercancías, los bazares y los ocasos se convierten en alucinación. Gracias a la poesía los límites desaparecen, se expande una onda de gozo, de claridad y encarnada vitalidad, ya que sólo conocemos a través de la experiencia, apropiándonos sensualmente del mundo. Sabe el poeta que "el viento aúlla indiferente entre los edificios sin ser heraldo de nada ni de nadie" o que las tardes pasan "y su reflejo en la pared".

Poemas personales donde el yo es la voz, la poesía encarnada a través de un instrumento musical. La música se puede leer tras su intensidad y distensión, éxtasis y vacío que se alternan rítmicamente. La palabra resuena y vive. El poema, como la música, es un lenguaje que se vuelve sobre sí mismo, pues posee la capacidad de la autorreflexión, de prolongar un viaje de reconocimiento. La música se hace presencia, instante clavado en este momento, debido a que su metáfora puede revelar la poesía e incorporar y restituir el mundo a los hombres.

Así, los poemas desencadenan un efecto emotivo, consecuencia de su eficacia y construcción cercana a la prosa. Casi todos los textos apuntan al mismo objetivo, constatar la soledad del escritor, describir la ausencia que la realidad le inspira, ante lo cual el poeta expresa:

*Después de áridos meses,
[cuando menos lo esperamos,
prende una idea. Echa raíces y
[lenta se yergue con sus
retoños bajo el sol. Poco
[importa si el abono es la pena.*

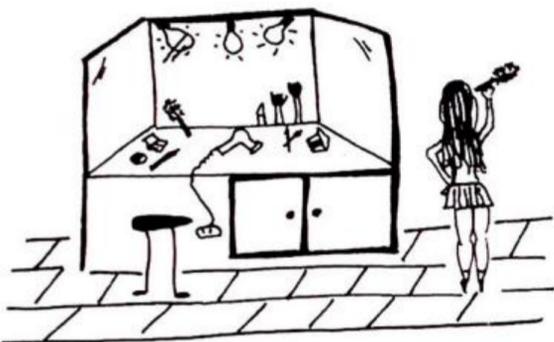
El vacío es el silencio, un espacio en blanco acosado por el ansia, la exasperación y el escepticismo. La poesía avanza hacia lo oculto, lo inadvertido, lo callado, lo no dicho, en fin, se dirige "al fondo de los actos". Los poemas, por su parte, se restringen a lo mínimo, textos pequeños a la manera de señales o marcas que delatan un gesto irónico, insatisfecho, extraño, el descubrimiento continuo de un lenguaje dramático y aciago. Los textos son "pequeños momentos", "hechos menudos" dejados al margen de un cuaderno.

Su expresión es personal, ya que elabora una imaginación a partir de símbolos de la vida interior. Poesía reflexiva, volcada sobre una íntima percepción de la soledad.



La actitud del poeta es siempre introspectiva; los aspectos objetivos son sólo estímulos para proseguir la búsqueda más al fondo de sí mismo, de su experiencia emocional y estética. Desde el comienzo, el tiempo aparece como una de las preocupaciones fundamentales de Linero, y de allí surge la voz interior luchando contra el olvido, una voz que po-

see timbre de fagot y lo sorprende al enumerar las cosas que tocan su ser, objetos fugaces, veloces, pasajeros, casi fugitivos.



La certeza de lo transitorio llena esta poesía de un desconsuelo, arduo camino entre la tiniebla y el regocijo, la duda y la sed, el alba y la oscuridad.

Y, sin embargo, la mirada del poeta registra pequeños frutos milagrosos: “Una noche de agua para el ojo inmóvil de la lagartija”; la mirada de su mascota, “ojos de aceituna”; el juego de los amantes sobre la hierba; la rica confusión de la lluvia, embriaguez, olor a café y hojas quemadas; “la risa de los amigos, el libro que se demora entre mis manos, la palabra súbita, los gorriones”, las manos blancas de la mujer, el sueño del poema.

De esta manera Linero da pasos decisivos hacia la conquista de su propia voz, clara y contenida. Su actitud es existencial y crítica, la cual se ejerce sobre la propia materia de la creación. De forma lacónica cuestiona la necesidad de la poesía, la condición marginal del poeta. Su decir escueto opta más por el silencio que por la retórica. Subraya del poema su condición de acto efímero, de breve fulgor en medio de la insensatez contemporánea.

Poesía que nace del desencanto, de la encalladura. Ningún sentido de grandeza lo alienta. Por el contrario, lo anima un aire de fugacidad, la sequedad, la reserva, el estoicismo, el sarcasmo, porque los poetas de hoy se enfrentan a un mundo desmembrado e incoherente, sin más armas que su lucidez.

La mesura ascensional de los poemas cortos le da a su poética una cualidad etérea y nostálgica: despo-

jamiento, impresión, sensación, presentimiento. Poesía que dibuja un estado de ánimo, la sensibilidad y el sentir del poeta. Confesión, austeridad del verbo, artesanía del vocablo, contención, sencillez, casi humildad, moderación, economía de expresión, depuración, sobriedad.

Lecciones de fagot manifiesta la enseñanza de un creador que, a través de la poesía, se busca a sí mismo y que mediante la construcción de un lenguaje refleja la orfandad del hombre. Pero, al unísono y paradójicamente, el libro señalado se convierte, en virtud del verbo poético, en un mensaje y en un grito solidario con el mundo impersonal y colectivo de nuestra exasperante cotidianidad.

GABRIEL ARTURO CASTRO

...dos

Lecciones de fagot

Fernando Linero

Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2004, 60 págs.

De los muchos sonidos que hace años se producían en Santa Marta, ciudad natal del poeta Fernando Linero (1957), sólo dos se pueden recoger ahora: los gritos de los muchachos que jugaban a patear una pelota de trapo en las calles y otro, las notas de un piano o de un fagot que se escapaban a través de las ventanas abiertas de muchas de las casas de la ciudad portuaria. Si por uno u otro motivo los jugadores y los músicos callaban, una tristeza solemne adormilaba todo lo que cubría la media luna de la bahía y que, como un manto continuo, luego se internaba por las hileras de un pavimento igualmente mudo, por donde nadie ni nada, transitaba, a menos que fuera una brisa enloquecida que levantaba torbellinos de polvo y papeles perdidos. Las casas coloniales hacían muy suya esa quietud y que-

riendo ser eternas en cada instante, parecían envolverse en sus propios velos fantasmales, en esa bruma que llegaba pausada pero a la vez ardiente de recuerdos detenidos sobre los techos. Miles de soles estaban ahí Cientos de lagartos se prendían a las paredes. A lo lejos, sobre las aguas que vibraban entre dos profundidades, la del cielo que se hundía hacia arriba y la del abismo líquido que bajaba, estaba detenido el puerto y sus aves:

*Por encima de las sirenas de los
[remolcadores una fila
de alcatraces habla de la lluvia,
[de las alarmas de nuestra
incuria. Uniforme su aleteo,
[habla del viento. [pág. 52]*



Leer la poesía de Fernando Linero es entrar a la armonía ilustre de Santa Marta. En su palabra la ciudad murmura, tiene un hálito, un respirar de bestia que se acuesta sobre su panza enorme. Lo curioso es que, a pesar de esa presencia tan física, tan palpable para el lector que la experimenta cada vez que recorre un renglón, la ciudad poética de Linero tiene la virtud de hacerse liviana, de disolverse. De un momento a otro se sabe que no es la real y que por lo mismo, la del libro, la que ha traído Linero, transita mansa, sin carne y sin cemento, hecha levedad. La ciudad inventada tras el verso, existe; es tan fuerte en lo que quiere decir como la otra, la que se halla junto al mar y junto a la sierra que lleva su mismo nombre.

Fernando Linero emigró de su ciudad en 1977 para instalarse en el centro del país, en Bogotá, la misma que en 1538 fundara el samario na-